¿Hay que defender la fe?

«Me he visto en la necesidad de escribiros para exhortaros a luchar por la fe que una vez fue enseñada a los santos».

Biblidocs

biblicom.org

Índice

0 - Descripción **3**

1 - El precio de la fe que hay que defender **3**
1.1 - Vuestra santísima fe 3

2 - Preparación para la batalla **5**
2.1 - Similitud entre Judas y Nehemías 5
2.2 - Los medios de defensa contra las corrupciones de la apostasía 5
2.2.1 - La inevitable apostasía de la cristiandad 6
2.2.2 - Recordar las palabras de los apóstoles 6
2.2.3 - «Edificándoos sobre vuestra santísima fe» 7
2.2.4 - «Orando por el Espíritu Santo» 8
2.2.5 - «Conservaos en el amor de Dios» 8
2.2.6 - «Esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna» 9

3 - Las luchas **10**
3.1 - Las luchas de Ozías por el pueblo 10
3.2 - Las disputas entre hermanos en el siglo 19 12
3.2.1 - La dificultad de las polémicas 12
3.2.2 - La paciencia previa a pesar de la gravedad de los errores . . . 12
3.2.3 - Actuar cuando la agitación afecta a otras asambleas 12
3.2.4 - La necesidad de defender las almas contra el error 13
3.2.5 - El objetivo y el espíritu de la lucha, la importancia de difundir la verdad por encima de todo 13
3.2.6 - Enseñar es mejor que contradecir; mantener el amor frente a los adversarios 13

0 - Descripción

«Amados, teniendo mucho empeño en escribiros acerca de nuestra común salvación, me veo en la necesidad de escribiros con el fin de exhortaros a que luchéis por la fe que una vez fue enseñada a los santos. Porque han entrado con disimulo ciertos hombres, los cuales desde hace tiempo estaban destinados para este juicio, impíos [que] convierten la gracia de nuestro Dios en libertinaje, y niegan a nuestro único Soberano y Señor, Jesucristo» (Judas 3-4).

«Porque no me retraje de anunciaros todo el consejo de Dios» (Hec. 20:27).

«Te rogué, cuando yo iba a Macedonia, que te quedaras en Éfeso para mandar a algunos que no enseñen diferente doctrina, ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que producen disputas, en vez de cumplir el plan de Dios que es por la fe» (1 Tim. 1:3-4).

1 - El precio de la fe que hay que defender

Autor: J. Wilson Smith

Fuente: STEM Publishing

1.1 - Vuestra santísima fe

Es notable que la única ocasión en la que se utilizan las palabras «santísima» en el Nuevo Testamento sea para describir la naturaleza de nuestra fe, no, por supuesto, su poder subjetivo como cualidad interior, sino la creencia común que profesamos como cristianos. La verdad que hemos recibido de Dios en su conjunto es (fíjense bien en la palabra) «santísima». Es «la fe que una vez fue enseñada a los santos» y por la cual se nos exhorta a luchar con fervor (vean Judas 3, 20).

Cuando comprendemos que Dios considera esta fe “muy santa”, no podemos dejar de considerarla un tesoro de valor supremo.

Su defensa exige «la armadura de Dios» (vean Efe. 6:11), ya que el gran enemigo –el diablo– no cesa de resistir, de derribar y de socavar, mediante las artimañas más

sutiles, «la fe de los escogidos de Dios» (Tito 1:1). Nuestra lucha solo puede librarse con «armas… poderosas en Dios» (2 Cor. 10:4). Solo somos fuertes en el Señor cuando llevamos puesta la armadura de Dios en su totalidad y, al mismo tiempo, «orando… mediante toda oración» (Efe. 6:18). Solo entonces estaremos en seguridad y victoriosos. No puede ser de otra manera. Pero luchar implica una verdadera batalla. Significa conflicto, perseverancia, tenacidad, determinación del corazón y verdadera entrega al Señor.

Este tesoro es «santísimo». Merece un afecto supremo. Exige una verdadera consagración del corazón y del alma.

Ninguna ciudadela ha exigido jamás una defensa tan encarnizada, ni ha sido tan asediada por un enemigo sin escrúpulos.

¿Hemos comprendido el carácter santísimo de nuestra fe? ¿Vemos que se distingue como el único punto de ataque de Satanás? ¿Estamos decididos a mantener, incluso hasta la muerte, la inviolabilidad de lo que es tan inestimable a los ojos de Dios? ¿Han pesado en nuestra conciencia las palabras "para exhortarnos a luchar" como deberíamos?

«Vuestra santísima fe» es todo menos «con ingeniosas fábulas» (2 Pe. 1:16) o un asunto de poca importancia. Esta fe no debe ser arrastrada por el barro; no debe ser arrojada a los perros, a los malos obreros o a la brevedad; no debe ser mancillada, ni pervertida, ni prostituida; no debe ser maltratada como algo despreciable e indigno de atención.

Es «santísima», y Dios acabará por demostrar su santidad esencial; pues, así como Jesús, su verdadero Testigo, «soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo» (vean Hebr. 12:3) y resucitó, del mismo modo, sin duda, la fe misma recibirá una justificación divina y completa en el momento elegido por Dios.

Mientras tanto, que cada santo se encargue de su propia defensa y se esfuerce, en medio del torrente de todas las controversias, por edificarse a sí mismo sobre nuestra «santísima fe», esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna.

2 - Preparación para la batalla

2.1 - Similitud entre Judas y Nehemías

Fuente: STEM Publishing (1882)

Existe una correspondencia sorprendente entre el libro de Nehemías y la Epístola de Judas. En el primero, se lee que «Los que edificaban en el muro, los que acarreaban, y los que cargaban, con una mano trabajaban en la obra, y en la otra tenían la espada. Porque los que edificaban, cada uno tenía su espada ceñida a sus lomos, y así edificaban; y el que tocaba la trompeta estaba junto a mí» (Neh. 4:17-18).

En el segundo, Judas, al comienzo de su Epístola, nos exhorta a luchar «por la fe que una vez fue enseñada a los santos» (v. 3). Y, al final, a edificarnos «sobre vuestra santísima fe» (v. 20). En definitiva, quiere que seamos como los constructores de Nehemías, con la espada en una mano y la paleta en la otra. La razón radica en la naturaleza de la época. Algunos hombres se habían infiltrado entre los fieles sin que nadie lo supiera, y abundaban los apóstatas.

No era, pues, un momento de paz, ya que los cimientos estaban siendo atacados. Ante tales peligros, Dios quería que su pueblo fuera celoso y valiente en defensa de la verdad. Cabe señalar que la espada sirve más para la defensa que para el ataque; pero no hay que retroceder ante la lucha cuando se pone en duda la fe que ha sido transmitida, de una vez por todas, a los santos.

Sin embargo, al tiempo que nos preparamos para la lucha, e incluso en pleno combate, también debemos dedicarnos con diligencia a nuestra edificación personal y a la de los demás, a fin de estar mejor preparados para resistir los ataques del enemigo.

2.2 - Los medios de defensa contra las corrupciones de la apostasía

Fuente: STEM Publishing (1889)

«Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe y orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna» (Judas 20-21).

2.2.1 - La inevitable apostasía de la cristiandad

Como muy bien lo expresó un autor cristiano: "La Epístola de Judas expone la historia de la apostasía de la cristiandad, desde los primeros elementos que se infiltraron en la Iglesia para corromperla, hasta su juicio en la aparición de nuestro Señor; una apostasía moral que transforma la gracia de Dios en disolución (laxismo)".

Es notable, en efecto, que los males que caracterizan el fin de los últimos días se manifestaran, de manera evidente, ya en la época apostólica. Como todo lo que se ha confiado a la responsabilidad del hombre, este fracasó de inmediato; y, como se puede comprender en esta Epístola, el origen de ese fracaso fue el abandono de la verdad. De hecho, entre los santos, mezclándose con ellos en sus reuniones, había impíos que niegan «a nuestro único Soberano y señor, Jesucristo». No era la misma situación que la descrita por Juan, quien dice: «Salieron de nosotros, pero no eran de los nuestros» (1 Juan 2:19), donde se trataba de apóstatas manifiestos. Aquí, aunque apóstatas de corazón, conservaban su lugar en la asamblea e incluso celebraban banquetes con los santos en sus ágapes, «mientras banquetean con vosotros» (2 Pe. 2:13), y se separaban incluso, como los fariseos, en una clase especial dentro de la asamblea. Todo esto lo indica claramente Judas, y para nuestra advertencia; y nos corresponde a todos preguntarnos si esta Epístola profética no presenta una imagen fiel del estado de las cosas que existe en nuestros días. Por desgracia, la correspondencia entre el presente y el pasado es indiscutible y no puede pasar desapercibida ni siquiera para los más sencillos de los hijos de Dios de hoy.

Admitiendo esta situación, podemos examinar cuáles son los medios de defensa que se nos ofrecen en Judas 20-21.

2.2.2 - Recordar las palabras de los apóstoles

El primero consiste en recordar las palabras de los apóstoles, que ya hablaron de la llegada de estas dolorosas iniquidades (vean Hec. 20:29-30; 2 Pe. 2; 1 Juan 2:18-23). El propio Señor trató de advertir y fortalecer a sus discípulos de la misma manera. Les anunció: «Os expulsarán de las sinagogas, y hasta llegará la hora en que cualquiera que os mate creerá presentar una ofrenda a Dios… Pero os he dicho estas cosas para que cuando llegue la hora recordéis que ya os había hablado de ellas» (Juan 16:2-4). Una vez más: «Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y darán grandes señales y prodigios, tratando de extraviar incluso a los escogidos si fuera posible. Esto os he dicho de antemano» (Mat. 24:24-25). Es con tierna solicitud por

nuestra debilidad que el Señor, por medio de sus siervos, nos ha advertido de lo que debemos esperar en el seno de su pueblo profeso.

De ello se desprenden 2 cosas importantes:

- En primer lugar, solo a la luz de las Escrituras podemos comprender correctamente el estado de la cristiandad profesa;
- En segundo lugar, si no conocemos la enseñanza de la Palabra de Dios, quedamos expuestos a errores y engaños de todo tipo.

La necesidad acuciante del momento –e insistimos especialmente a los jóvenes creyentes– es ser diligentes en el estudio de la Biblia para conocer las palabras de los apóstoles. ¿Cómo podríamos evaluar correctamente el estado actual del cristianismo sin la luz que nos proporcionan los mensajes del Señor a las 7 iglesias del Apocalipsis?

El conocimiento de las Escrituras en sí mismo no sirve de nada si no va acompañado del estado de ánimo necesario; y a eso es a lo que alude Judas. Tras recordar a sus destinatarios la correspondencia entre las corrupciones actuales y las predicciones apostólicas, dice: «Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe y orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna».

Por eso exhorta a todo creyente que desee mantenerse al margen de los errores habituales y de las corrupciones morales, estar en la mente de Dios y permanecer en el círculo santo de su amor, recorriendo el camino de la peregrinación, esperando la vida eterna en su pleno esplendor según los designios eternos de Dios.

2.2.3 - «Edificándoos sobre vuestra santísima fe»

Y lo primero a lo que nos exhorta es a edificarnos nosotros mismos. El fundamento ya ha sido establecido por la revelación de Dios en Cristo: en su muerte, su resurrección y su exaltación a la diestra de Dios –en las verdades esenciales del cristianismo– son estas las que constituyen nuestra «santísima fe», es decir, las cosas en las que hemos creído. Pero no podemos quedarnos ahí; debemos perseverar y seguir edificándonos sobre ese fundamento. El apóstol Pablo habla de la misma manera ante errores de otro tipo: «Así, como recibisteis a Cristo Jesús el Señor, andad en él; arraigados y edificados en él, consolidados en la fe» (Col. 2:6-7).

Del mismo modo que la seguridad de Nehemías, rodeado de enemigos por fuera y de traidores por dentro, se basaba únicamente en el esfuerzo constante por reconstruir los muros de Jerusalén, así también la nuestra consistirá en una atención diligente a nuestro alimento espiritual, a nuestra edificación y a nuestro crecimiento, alimentándonos de la Palabra de Dios con el poder del Espíritu de Dios.

2.2.4 - «Orando por el Espíritu Santo»

Al igual que en muchos pasajes de las Escrituras, la edificación está ligada a la oración. Edificaos vosotros mismos –«orando en el Espíritu Santo». Esto reviste una importancia capital para todo creyente, pues si el estudio y la meditación de la Palabra de Dios se llevan a cabo sin la oración y la ayuda del Espíritu Santo, no habrá ni provecho ni verdadera edificación. La luz puede aumentarse, pero la luz sin el poder divino no podrá sino conducir a la exaltación de uno mismo. Nunca se insistirá lo suficiente en que un estado de ánimo (y el estado de ánimo adecuado solo se adquiere mediante esa dependencia que se realiza en la oración) es absolutamente necesario para edificarnos en nuestra santísima fe. Descuidar este estado de ánimo es una fuente inagotable de peligros, como se ve tan a menudo en el caso de quienes se dedican a la búsqueda de la luz sin velar por su estado espiritual. Tales almas son presa fácil para Satanás, y su caída en sus tentaciones se convierte en una advertencia para todo creyente forastero y extranjero en esta tierra. Por lo tanto, quienes deseen ser aprobados por el Señor deberían tomar muy en serio la advertencia apostólica.

2.2.5 - «Conservaos en el amor de Dios»

La exhortación a «orar en el Espíritu Santo» se complementa ahora con la exhortación a permanecer «en el amor de Dios». De hecho, no se trata de exhortaciones separadas, sino que cada elemento de estos 2 versículos forma parte del conjunto del estado requerido, es decir, se trata de una cuádruple expresión de la condición espiritual necesaria para repeler las malas influencias del entorno. El verbo "conservar" en la parte que ahora examinamos es una referencia al pasado, y su significado es: Manteneos en ese estado, o permaneced sin cesar en el amor de Dios. El amor de Dios, ese amor que se derrama en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado, debe llenar y reinar en nuestras almas, ese círculo santo en el que debemos vivir, movernos y existir, un círculo en el que ningún enemigo puede

introducirse, y donde todo es luz, vida, paz y bendición.

2.2.6 - «Esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna»

Es en este círculo donde debemos esperar «la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para la vida eterna». Seguimos en el desierto y, por lo tanto, nos vemos abocados a sentir nuestras debilidades a medida que avanzamos. De todo lo que necesitemos durante nuestro viaje se encargará nuestro Señor Jesucristo; y él nos concederá su misericordia, adaptada a nuestra condición en cada etapa del camino, hasta que alcancemos la Casa de la vida eterna –la Casa del Padre. Esto es lo que entendemos por la expresión que se nos propone: en todos los peligros que nos rodean, en todas las luchas de nuestra vida espiritual, en las penas y aflicciones que salpican nuestro camino, llegaremos a sentir nuestra gran necesidad de misericordia; y cuando levantemos los ojos hacia el Señor, descubriremos que está dispuesto a concedérnosla, y que siempre está en condiciones de concedérnosla hasta que lo veamos cara a cara. Es este, en efecto, su ministerio sacerdotal en el cielo; y por eso podemos, como nos exhorta el apóstol, «Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para que recibamos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro» (Hebr. 4:16) –a lo largo de todo el camino, como hemos subrayado, hasta la vida eterna.

Y cabe añadir que la gloriosa perspectiva que se nos abre no puede sino animarnos a procurar alcanzar el estado espiritual aquí indicado. «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú enviaste» (Juan 17:3). Así pues, si se nos encuentra asumiéndonos la muerte de Cristo (comp. con Juan 6:54), podemos entrar en el gozo de la vida eterna mediante el conocimiento del Padre y del Hijo, en esa Casa bendita de los afectos divinos; pero solo cuando resucitemos «en el día postrero» (Juan 6:39) nos encontraremos en el estado que corresponde a la Casa en la que entonces entraremos. Hoy llevamos la imagen de lo terrenal, pero entonces «llevaremos la imagen del celestial» (1 Cor. 15:49), seremos conformes a la imagen del Hijo de Dios, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8:29).

El estado moral y espiritual descrito en estos versículos es la mejor prevención y defensa contra cualquier error, para que seamos fuertes frente a cualquier ataque, aunque no seamos invencibles. Necesitamos constancia y el deseo de seguir este camino. El propio Señor anima nuestros corazones a buscarla, y entonces poseeremos

un discernimiento santo respecto al bien y al mal (v. 22-23), y podremos unirnos a Judas para alabar a Aquel que tiene el poder de guardarnos sin que tropecemos, y de presentarnos irreprochables ante su gloria con abundante gozo: Sí, «al único Dios, nuestro Salvador, mediante Jesucristo nuestro Señor, ¡sea gloria, majestad, dominio y autoridad, desde antes de todo siglo, ahora y por todos los siglos! Amén».

3 - Las luchas

3.1 - Las luchas de Ozías por el pueblo

Comentario de H. Rossier sobre 2 Crónicas 26 (especialmente el v. 6); resaltado por Biblidocs (Bibliquest)

La comprensión de las visiones de Dios nos capacita para enseñar y exhortar a los demás. La profecía no es necesariamente una revelación de cosas nuevas, ella no lo *en absoluto hoy en día*, cuando las Sagradas Escrituras nos ofrecen la revelación completa de los pensamientos de Dios; sin embargo, el profeta de hoy posee una comprensión de los misterios de Dios (de las cosas ocultas, pero que ya no lo están, pues ahora están reveladas en la Palabra), comprensión que le hace capaz de edificar, consolar y exhortar (1 Cor. 13:3). Eso era precisamente lo que necesitaban los reyes de Judá, que atravesaban tiempos de ruina, tal y como los atravesamos nosotros ahora.

Eso era lo que hacía Zacarías. Bajo su ministerio, Ozías buscó a Jehová y prosperó. Al igual que él, debemos estar atentos a la Palabra de Dios y a los misterios que nos revela. Si nos esforzamos por comprenderlos, entraremos, como Ozías, en una era de prosperidad espiritual. Pero no olvidemos que esa misma prosperidad nos enfrenta al enemigo. Los que se encontraban a las puertas de Judá eran los más implacables. En aquellos tiempos difíciles, los filisteos se habían apoderado de una parte del territorio de Israel y se mantenían allí. Podemos comparar a este enemigo con la cristiandad nominal, establecida, sin tener ningún derecho a ello, dentro de los límites que solo pertenecen al pueblo de Dios. ¿Qué debemos hacer al respecto? Lo mismo que hizo Ozías cuando derribó las murallas de los filisteos y construyó ciudades en medio de ellos. Así es como debemos, en interés del pueblo de Dios, demostrar la futilidad de las pretensiones de la cristiandad y enarbolar bien alto los principios divinos de la Palabra, como único medio de resistirle.

Después de eso, Ozías puede llevar la guerra más allá de sus límites. «Dios le dio ayuda contra los filisteos, y contra los árabes que habitaban en Gur-baal, y contra los amonitas. Y dieron los amonitas presentes a Uzías, y se divulgó su fama hasta la frontera de Egipto; porque se había hecho altamente poderoso» (2 Crón. 26:7-8). Si aplicamos esto a la lucha del Evangelio, vemos que suele seguir el mismo curso. Comienza, como Gedeón y tantos otros, en un círculo reducido, a menudo el círculo familiar, para luego extenderse más allá. Andrés lleva primero a su hermano Simón ante Jesús; el endemoniado curado irá contando en su casa las grandes cosas que Dios ha hecho por él; los apóstoles predican en Jerusalén; desde allí, el Evangelio se extiende a Samaria, luego a Cesarea entre los prosélitos gentiles y, por último, a través de Pablo, a las naciones. Si, tras convertirnos, somos fieles en nuestro entorno, estemos seguros de que el Señor ampliará nuestros límites.

«Edificó también Uzías torres en Jerusalén, junto a la puerta del ángulo, y junto a la puerta del valle, y junto a las esquinas; y las fortificó» (v. 9). Las torres se levantaron para defender las puertas. 2 de estas torres dan al valle de Hinom, donde Joás, rey de Israel, acababa de derribar la muralla tras derrotar a Amasías (25:23). Ozías también fortificó la «puerta del ángulo», un punto débil y expuesto de las fortificaciones de Jerusalén, por el que se podía acceder al templo y apoderarse de él. En resumen, Ozías no se limitó a reconstruir lo que el enemigo había destruido, sino que procuró proteger el templo de Dios de los ataques. Todo ello exigía un trabajo muy serio; esforcémonos por hacer lo mismo. No basta con luchar en el exterior; debemos cuidar de la Iglesia de Dios.

«Asimismo edificó torres en el desierto, y abrió muchas cisternas; porque tuvo muchos ganados, así en la Sefela como en las vegas, y viñas y labranzas, así en los montes como en los llanos fértiles; porque era amigo de la agricultura» (v. 10). Además de tener que luchar contra los enemigos internos y externos y proteger la ciudad de Jehová, tenía que hacer frente a muchos otros peligros. Las torres de vigilancia del desierto servían para alertar no solo de la presencia de animales salvajes, sino, sobre todo, de los saqueadores de rebaños. Entre las funciones del rey estaba la de desempeñar el oficio de pastor y poner a salvo a las ovejas. Esta preocupación por los rebaños confiados a su custodia se manifestó también de otra manera: Ozías cavó muchos pozos para dar de beber a su pueblo y a su ganado. Así habían actuado los patriarcas, en particular Isaac, ese gran excavador de pozos, ese gran buscador de agua viva. Él sabía que, sin esa agua viva, ni los hombres ni las ovejas podían subsistir –una imagen impactante de la palabra de Dios que el enemigo siempre trata de arrebatarnos (prueba de ello son todos los ataques que dirige contra ella),

al igual que antaño los filisteos taponaban y llenaban de arena los pozos excavados por Abraham (Gén. 25:15).

3.2 - Las disputas entre hermanos en el siglo 19

Extracto de una carta de J.N. Darby de 1849; títulos de Biblidocs (Bibliquest)

…

3.2.1 - La dificultad de las polémicas

En cuanto a la controversia, creo que los 2 folletos me han molestado aún más de lo que a ustedes les han podido afligir. Pero, queridos hermanos, a veces hay que actuar teniendo en cuenta únicamente lo que Dios quiere. Ustedes no conocen todas las circunstancias. ¿Qué paciencia hemos tenido, el daño que los folletos, a los que he podido responder, han podido causar a otros que se encontraban en pleno fragor de la batalla en la que ustedes no estaban, las almas turbadas que han visto la luz gracias a ello, y el objetivo y el alcance de muchas cosas que se han dicho con respecto al señor M.? Yo fui el medio por el que él abandonó el nacionalismo; conocía íntimamente a toda su familia, que durante años sufrió el declive espiritual de M. Desde hace 4 o 5 años, ya no voy a verlo (salvo cuando su hijo ha estado enfermo).

3.2.2 - La paciencia previa a pesar de la gravedad de los errores

Por su parte, había un esfuerzo continuo en contra de la verdad, soportado por los hermanos con una paciencia que nunca flaqueó en circunstancias muy penosas. Un hermano muy apacible me acusaba de ser severo y me reprendía enérgicamente, incluso me evitaba. Sabía que era sincero y espiritual, y no dije nada; tras un año de relación con el señor M., se mostró mucho más firme que yo con él.

3.2.3 - Actuar cuando la agitación afecta a otras asambleas

No hice nada hasta que intentó sembrar la agitación en todas las asambleas de cristianos; y no creo haber dicho nada personal sobre él, a pesar de todos los epítetos

horribles con los que nos ha calificado.

En cuanto al otro folleto, era aún más desagradable, pero se trataba de grandes principios puestos en duda. Hice que una persona que llevaba mucho tiempo en contacto con el señor D. leyera mi folleto, así como otra persona, para que, al margen de los hechos, no hubiera nada ofensivo. Ustedes desconocen la ternura con la que se le ha tratado.

3.2.4 - La necesidad de defender las almas contra el error

Si leen la Epístola a los Gálatas, verán que la sinceridad no siempre es falta de caridad, cuando hay que proteger a las almas contra errores sutiles que se enseñan con amabilidad. Entiendo que ustedes no sientan lo mismo que yo; ustedes no han cuidado ni enseñado a las almas a las que se intenta descarriar. Pero salvar a uno solo a toda costa para dejar que se pierdan cientos no es, en mi opinión, caridad.

3.2.5 - El objetivo y el espíritu de la lucha, la importancia de difundir la verdad por encima de todo

En cuanto al objetivo de los autores, me encuentro en una guerra franca, abierta y constante, por la fe que tengo en la verdad de Dios, no siempre a través de la controversia –que resulta extremadamente penosa– sino desde lo más profundo de mi ser. Creo que la difusión de la verdad es, frente al error, un medio mucho mejor que la controversia.

Puedo equivocarme en cuanto a la conveniencia de esta última, pero si me preocupo por la gloria de Dios y el bien de los suyos, me resulta necesariamente imposible estar en paz con su sistema.

3.2.6 - Enseñar es mejor que contradecir; mantener el amor frente a los adversarios

En cuanto a su persona, siento mucho afecto por el señor M., y espero estar lleno de caridad hacia el señor D. Estoy seguro de haberle perdonado muchas cosas. Estoy cansado de las luchas; a veces digo: "¡Ay de mí, que mi madre me dio a luz como hombre de debates!", pero mientras Dios me dé fuerzas, defenderé la verdad por el bien de su Iglesia. Es fácil que el error resulte seductor, porque se conforma con ser

admitido en pie de igualdad. La verdad nunca lo consiente; por eso siempre parece dura y exclusiva. Acepten todo esto, os lo ruego, como una prueba de mi confianza en ustedes. No pretendo defender otra cosa que la verdad; solo les insto a esperar y a aplazar vuestro juicio.